LOS AMANTES
DESGRACIADOS
ó
EL CONDE DE COMINGE.

DRAMA

EN TRES ACTOS

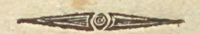
Escrito en Frances por Mr. D' Arnaud, y traducido al Castellano

POR

Don Manuel Bellosartes.

TERCERA PARTE.





BARCELONA: AÑO DE 1820.

IMPRENTA DE JOSÉ TORNER, CALLE DE CAPELLANS.

Véndese en la librería de Estivill.

EXTRACTO

De las memorias del Conde de Cominge, que sirve á este Drama de explicacion y argumento.

El Conde de Cominge se vió precisado por intereses de su casa, que es de las mas ilustres de Francia, á pasar á la Abadía de R... Su padre, y el Marques de Lusan, aunque hermanos, estaban desde la infancia muy reñidos, y creciendo con la edad esta especie de aborrecimiento, se habian puesto en estado de irreconciliacion. Se trataba de buscar en esta Abadía unos papeles ó títulos, de donde dependia el buen éxito de un proceso, que iba no ménos que á despojar enteramente de sus bienes y posesiones al Marques. Con este designio habiéndole dado su padre todas las instrucciones que creyó necesarias, partió el Conde, bajo el nombre del Marques de Longaunois, para ser mas incognito y no dar sospecha alguna en una Abadía, en donde Madama de Lusan tenia muchos parientes.

Despues de un feliz viage llegó á la dicha Abadía, en cuyo archivo encontró todos los títulos que buscaba, y que aseguraban incontestablemente su derecho. Hallándose ya cerca de Bagnieres escribió á su padre la noticia, pidiéndole juntamente permiso para pasar allí el tiempo de las aguas, lo que consiguió sin la menor dificultad. El dia siguiente á su llegada fué conducido á la Fonda. Reina en aquellos lugares una libertad que dispensa todo cumplimiento. Adornado el Conde desde su primera educacion con todas las gracias de la juventud, no tardó en darse á conocer. Con este motivo fué admitido desde luego en las mejores tertulias, y en especial en casa del Marques de la Vallete, quien á la sazon daba una funcion á las damas.

En esta encontró el bello objeto del amor mas tierno y mas desgraciado que se ha visto en el mundo, la Señorita de Lusan, que solo él conoció con el nombre de Adelayda, y con quien habia tratado con particular inclinacion en la niñez. Enamorado de ella se entregó con toda seguridad á aquella primera impresion. Adelayda por su parte se abandonó tambien á un sentimiento, cuyas fatales consecuencias no pudo prevenir. Ignorando, pues, cuantos lazos puede armar una inclinacion seducida, quedan atados los dos por aquella simpatía funesta, que el cielo hace nacer entre los corazones destinados al infortunio. Saben quienes son; temen conocerse; y gustan de amarse. Ya habia dos meses que el Conde vivia de esta suerte, cuando recibió una carta de su padre con órden de que se retirase á su casa. Sintió Cominge la separacion de aquel objeto, á quien tanto amaba; y llevado del afecto, no reparando en que el Marques es enemigo de su padre, sino en que es padre de Adelayda, con la mayor generosidad arrojó al fuego todos los papeles y títulos que podian ocasionar la ruina de la casa del Marques. ¡Cuan sublime es el amor en las bellas almas! Este amor entre todas nuestras pasiones es aquel á quien las cosas grandes cuestan menos.

Despues de este sacrificio, que dobla el Conde con el silencio, se aleja de lo que mas ama, y se retira á la casa de su padre, á quien halló instruido de todo, y á quien tuvo valor de no ocultarle nada. Reprehensiones, amenazas y cóleras no amedrentan á Cominge; antes bien un sentimiento consolador, que nace de

las bellas almas, le tranquiliza, y opone á las iras de su padre un alma respetuosa, consagrada siempre al amor y á la desgracia. Inflexible su padre buscó cuantos medios le fueron posibles para romper este lazo amoroso, y le propuso para esposa á una hija del Conde de Foix. Cominge rehusó este partido, y llevado su padre del enojo le encerró en una torre, en donde se consolaba con amar á Adelayda, y sufrir por ella los reveses de la fortuna, quedándole solo el dolor de que la empleasen en otro esposo. Temiendo Adelayda no perdiese el Conde la vida en la prision, se determinó á darle libertad á costa dé la suya, eligiendo con este fin para esposo al Marques de Benavides (*), hombre despreciable en su figura, espíritu y carácter.

Noticioso el Conde de la resolucion de Adelayda se abandonó al mas vivo dolor; y hallando medio para escapar de la cárcel, partió con la esperanza de disuadir á su amante su terrible proyecto: ya llegó tarde, porque su esposo la habia retirado á su granja. La situacion que tuvo por entonces el Conde fué la mas lastimosa; pero no le impidió buscar á Adelaida, introduciéndose en los lugares que habia acostumbrado habitar. En lo mas vivo de sus activas diligencias llegó á saber por un confidente suyo, que Benavides necesitaba de un pintor para adornar una sala de la granja; y como esta habilidad no le era desconocida, valióse de esta idea: y atropellando inconvenientes y peligros, voló á presentarse al Marques en calidad de Maestro. ¡Qué espectáculo este! Á la sombra de los instrumentos del arte se entretiene en mirar á Adelayda, la ve melancólica, solitaria, y solo ocupada en llorar. En fin penetrado de dolor sigue todos sus movimientos, tiembla al sonido de su voz, oye el ruido de sus pies y aun su silencio; goza de su abatimiento, de su tristeza, y de su misma desgracia; placer cruel que se alimentaba con el infortunio.

Un dia, pues, en el que ya no era dueño de sí mismo, arrebatado de su pasion dominante se entró en el aposento de Adelayda, y lleno de lágrimas se arrojó á sus pies. Turbóse Adelayda por el pronto; pero inmediatamente recobrada le reprehendió su atrevimiento, y la ocasion que podia dar de alguna sospecha. Mientras procuraba disuadirla Cominge de esta ofensa, llegó Benavides, y echando mano á la espada quiso matar á su esposa. El Conde se pone intrépido delante; y sacando la suya, lucharon ambos con el mayor valor, hasta que finalmente quedó Benavides mal herido, y el Conde preso en la misma granja.

Despues de algunos dias, sin embargo de la poca esperanza de vida que daban las heridas del Marques, recobró la salud, acaso para martirizar á su esposa. Al abrir los ojos, el furor y los zelos fueron sus primeros sentimientos. Gracias, juventud, hermosura, atractivos y lágrimas de Adelayda no sirvieron para contenerle; pues cansado de ser tirano, le faltó poco para pasar á verdugo. ¡Qué barbaro! Poseido en fin del último rigor de su cólera arrastró á su esposa á lo mas obscuro de un calabozo, estendiendo al mismo tiempo la voz de que habia muerto. Llegó esta noticia al Conde despues que se vió libre de la prision por la industria de Adelayda, que tomó por instrumento á su cuñado Orviñí.

Desesperado Cominge, privado de todo y casi aniquilado determinó esconderse á la vista de los hombres; y errando de bosque en bosque, y de desierto en desierto llevó á los lugares mas recónditos y sombríos el exceso de su dolor. Vacilante en la eleccion del lugar que habia de ser el único testigo de su desgracia, un movimiento celestial le condujo al Convento de la Cartuja. Corrió

(*) *En el Drama es el Conde de Ermansay.*

precipitado á sepultarse entre sus fúnebres túmulos, en donde la Religion enlaza sus víctimas, y en donde sin embargo de la penitencia y cilicios se abrasaba mas en el incendio de su pasion.

Pasados algunos meses, en cuyo tiempo murió el Marques de Benavides, recobró Adelayda la luz y la libertad. Viéndose libre, y no sabiendo por entonces de la suerte del Conde, le buscó ansiosa en su patria; y no hallándole en ella se determinó á pasar algunos dias en compañía de su madre. Disgustada por la falta de Cominge, la dejó, y se salió ocultamente de su casa en hábito de hombre, con resolucion de acabar sus dias en el mismo Convento en que fue educada.

Llena de turbacion, y ocupada enteramente en la memoria de Cominge, estando ya en medio del camino, se volvió de repente atras, y sin saber por qué se entró en la Iglesia de la Trapa. Estaban á la sazon los Religiosos en el coro, y entre las voces que tributaban á Dios sus alabanzas, distinguió la del Conde. Aseguróse bien, y sin embargo del tiempo, de las austeridades y penitencias, le reconoció; y desbe entonces no tuvo valor para retirarse. Con este motivo se aprovechó de su disfraz, y con varonil resolucion pidió el hábito al Padre Abad, quien movido de su turbacion, y teniendo por buena disposicion las lágrimas que derramaba, la recibió y colocó en el número de sus Religiosos.

Ansiosa, pues, de partir las penas con el Conde, contenta con verle, gustosa con aliviarle sus trabajos y con respirar el mismo aire que Cominge respiraba, tuvo valor para disimular la debilidad de su sexo, y para no darse á conocer al Conde ni á nadie en todo el tiempo de su noviciado. Esta violencia, los rigores del claustro, la austeridad, la penitencia, el amor, veneno lento y mucho mas si es desgraciado, debilitaron en sumo grado el delicado cuerpo de Adelayda. Enfermo á la fuerza de tantos infortunios; y puesta, segun la costumbre de la Trapa, en la cama de cenizas, rodeada de todos los Religiosos se atrevió á descubrir sus amores. Alentó sus fuerzas para pedir perdon de su conducta; ofreció á Dios su dolor, acompañado de copiosísimas lágrimas: hizo acercar á Cominge, llamóle por su nombre; y tomándole la mano, implorando las oraciones de los santos Religiosos, y pidiéndoles perdon del escándalo que les podia haber dado, espiró esta heroica muger.

Monsieur D'Arnaud, Autor de este Drama (igualmente que del de la Eufemia, cuya traduccion ha merecido un aplauso universal) ha elegido por primera accion el momento en que Cominge acaba de perder á Adelayda. Aquí es donde está el principal interés, atendiendo á la situacion en que queda, al dolor que padece, y á las lágrimas que derrama. Cuanto mas admirable es este objeto, hay mas motivos de temer su egecucion.

Todas las lenguas parecen pobres para dar á ciertas pinturas el grado de fuerza que piden; y seria preciso tener una lengua particular para esplicar los dolores grandes, los grandes placeres, y las profundas emociones que quedan sepultadas en el santuario de las almas sensibles. Yo envidio ciertamente el talento de este Héroe y la energía de su iugenio, tanto mas sublime cuanto mas perseguido: pero la Francia siempre le tendrá en el número de sus mayores ingenios.

ACTORES.

El Conde de Cominge: *Religioso de la Trapa ó la Cartuja, bajo el nombre de Fray Arsenio.*

Adelayda: *Con el del Hermano Eutimio.*

El Caballero de Orviñí: *Cuñado de Adelayda.*

El Padre Abad.

Religiosos.

La Escena es en la Abadía de la Trapa ó la Cartuja.

ACTO I.

Se levanta el telon, y se deja ver un subterráneo grande y profundo, que se supone ser la bóveda en que se entierran los Religiosos: dos claustros larguísimos, y como que se pierden de vista van á parar al dicho subterráneo: bajase á él por dos escaleras hechas de piedra groseramente labradas, y de unos veinte escalones: una sola lámpara ilumina al subterráneo: á lo último de la bóveda se ve una cruz como las que se usan en nuestros cementerios, bajo la cual hay un sepulcro un poco elevado, y formado de piedras toscas. Muchas calaveras amontonadas unen este monumento con la cruz. Este sepulcro es del célebre Abad de Rancé, Fundador de la Trapa: mas adelante, ácia la mano izquierda, hay un hoyo que parece se acaba de abrir, en cuyas orillas se ven un azadon, una pala, &c. Delante de la Escena en uno de los lados á la derecha se ve otro hoyo; sobre los dos estremos de este subterráneo se deján ver de distancia en distancia y á muy poca altura una infinidad de cruces que señalan las sepulturas de los Religiosos. En lo alto de una escalera, al lado derecho, cuelga la soga de una campana: debajo de la cruz principal y sobre las calaveras se lee esta inscripcion latina:

Cogitavi vanitatem sæculorum, & dies æternos in mente habui: *al fin de la bóveda encima de la misma cruz se lee la siguiente:*

Aquí es donde la muerte y la verdad
Elevan su hacha pálida y terrible.
Desde este sitio, al mundo inaccesible,
Caminan todos á la eternidad.

Tambien se pueden poner las dos que se siguen colocadas á la derecha y á la izquierda.

Vanamente se empeñan en seguir
los esclavos del siglo apresurados
las artes y las ciencias. Desgraciados,
venid aquí á estudiar como morir.
Hombre ciego, cuya alma entristecida
está de un falso mundo perseguida,
haz que el aspecto de este sitio obscuro
abra las venas á tu pecho duro.
Aqui se acaba el sueño de la vida,
y aquí la muerte á otra te convida.

ESCENA I.

El Conde de Cominge con el nombre de Fr. Arsenio que guarda en toda la pieza, está postrado al pie de la cruz; y reclinado sobre el sepulcro de Rancé: se levanta, alza los ojos al cielo, y despues de haber mirado á uno y otro lado, dice:

Com. ¿Qué? ¡En un sitio á la muerte consagrado,
ya criminal, ya en lágrimas bañado,
el lazo arrastraré de un amor tierno
hasta los pies sagrados del Eterno!
¡Cominge existe aun, y arde en el seno
del corazon de Arsenio fuego obsceno!
El hombre se rebela, y me combate;
su yugo me fatiga y aun me abate.
Arbitro soberano, Hacedor santo,
¿no podrás apagar incendio tanto,
borrar unos hechizos roedores,
que cada dia mas encantadores
se presentan tenaces á mis ojos?
¡Pero aqui que la muerte y sus despojos
dan fin á las delicias y dulzuras,
oso yo hablar de afectos y ternuras!
De un santo horror mi sangre congelada...
donde Rancé descansa... donde es... nada...
Rancé... que como yo... ¿Qué dices necio?
Acaba tu como él, deja al desprecio
sus errores, imita sus virtudes.
Mas cuando él ha vencido... ea, no dudes
imitarle. ¿Y yo pnedo? Un cruel cilicio,
las lágrimas, los ruegos... un suplicio
no podrán arrancar una memoria,
que ufana con su triunfo y su victoria,
infiel, osada, atroz á Dios irrita,
disputa el corazon y aun se le quita.
Mas entre tanta pálida ceniza,
que la memoria del morir atiza...
¡Dios mio! ¿Lo diré? ¿Podrás oirlo?...
¿Qué voy á pronuuciar? ¿Sabrá decirlo
una voz moribunda, un vil deseo?
¡O Cielo! Yo á Adelayda... es lo que veo.
A ella... ¡O Dios! Yo os ofendo, yo os insulto,
á ella sola... la doy incienso y culto.
Dios vengador, destruye, acaba... pèro...
Infiel, ¿que dices? Que á ella sola... quiero.
Hace una larga pausa.
¿Puedo yo confesar este delito
sin que se rompa el corazon contrito,
y sin que desfallezca el pecho mio
mi ardor funesto á estas paredes fio?
¿Mas de un dolor que pasa en un momento
puede nacer un arrepentimiento?
Yo halago un crimen, cuyo fuego ardiente
á mis penas y llantos inclemente,
vive de mis suspiros, se alimenta
de la misma pasion que le fomenta;
y en medio de este fúnebre teatro,
quiero á Adelayda mas, mas la idolatro.
Yo he causado sus males, sus lamentos,
sus lágrimas, sus penas, sus tormentos:
yo irrité para colmo de su estrella,
el furor de su esposo contra ella.
Yo la debo... olvidar... yo eternamente...
echar de mi memoria... Dios clemente,
os lo tengo ofrecido, yo os ofendo:
lo conozco.. ¡ay de mi! mas no me enmiendo,
pues este mismo amor... ahora... ahora
mas que nunca me inflama y me devora.
¡Ah Cominge infeliz! ¡Infeliz Conde!
Despues de un crimen tal, que no se esconde
á los ojos de un Dios terrible y santo,
¿qué te resta?... morir... morir de espanto.
Regado con tus lágrimas un foso,
que ha de ser el lugar de tu reposo;
abierto tu sepulcro por tu mano,
te reprehende, te dicc... ¡ó inhumano!
Mira con atencion al Sepulcro.
acostumbra tus ojos criminales
á este panteon, terror de los mortales.
Baja, baja, él te espera, y en su seno
oculta, infiel, un corazon terreno.
Todos los muertos de este albergue horrible,
con un tono, una voz desapacible
me dicen que les siga. Sí: ya os sigo;
pero un amor... tambien viene conmigo.
Yo pruebo los rigores de una mano
de un justo Juez, de un Dios terrible...
Se echa á los pies de la cruz con la mayor afliccion.

ESCENA II.

El Padre Abad y Cominge.

El Padre Abad, bajando con grande silencio, los brazos cruzados sobre el pecho, y llegando á Cominge, que permanece al pie de la cruz, y en la misma situacion, dice.

Abad. ¿Hermano?
¿Fray Arsenio?
Com. ¿Qué escucho? *Levantándose.*
Ve al Padre Abad, y va, segun costumbre, á postrarse á sus pies con precipitacion.
¡Padre amado!
Abad. Levántate. Llevado del cuidado
que oculta en vano tu dolor terrible,
te vengo á abrir mi corazon sensible.
Nuestra regla se ofende justamente
del silencio obstinado y renitente
que encierras torpemente en ese pecho.
Yo pudiera valerme del derecho
de Superior, de Gefe, y acordarte
tu obligacion; pero esto quede aparte.
Aquí tienes un Padre y un amigo,
que sensible sabrá llorar contigo:
un hombre, en fin, que lleno de ternura
sabrá compadecerse en tu amargura.
Da algunos pasos.
No, no es la Religion dura y terrible:
el error la ha pintado aborrecible.
Atenta siempre, siempre fiel y afable
á la afligida voz del miserable,
franquea sus socorros generosos,
los mira á todos, y hácelos dichosos.
Apoyo de los hombres oprimidos,
de las penas, quebrantos y gemidos;
de un mundo infiel, mansion de la injusticia;
del delito, del dolo y la malicia,
donde un genio funesto é inhumano
nos combate cruel: ella es la mano
que sostiene á los míseros mortales,
derrama bienes, y dicipa males.
¡O hijo mio! Mirame... no llores...
deposita en mi seno tus temores.
Cinco años ha que tu feliz destino,
ó el mismo Dios que te trazó el camino,
te ofreció como puerto este sagrado,
(que el cielo de la tierra ha separado)
en donde las virtudes, la inocencia,
la santidad, que la fatal demencia
del mundo desconoce, no disfrutas.
Tú á veces con las lágrimas enjutas
te has dejado llevar de tus pesares,
y á veces las derramas á millares.
Esta contradiccion, este hecho odioso
manifiesta un silencio sospechoso.
Deja, pues, ese llanto, esa amargura;
un Dios, que es Dios de gozo y de dulzura,
me inspira... que este peso... este cuidado
será menos... siendo comunicado.
Suavizando por tí leyes severas,
ignorando quien eres, y aun quien eras;
en este de virtudes relicario
te tengo por devoto solitario.
¿Hay en la Religion algun decreto
que te obligue á guardar tanto secreto?
Ya te lo he dicho, la piedad sincera
es aquella virtud que mas se esmera
en abrir sus canceles al mendigo,
y al pie de los altares darle abrigo.
La humanidad la sigue.
Com. ¡O Padre tierno!
Yo sufro aquí un suplicio sempiterno.
Abad. Sí algun infame crimen ha manchado
tu vida miserable, no hay pecado,
que ayudado de un Dios Salvador santo
no purifique un verdadero llanto.
Com. De aquellos atentados horrorosos,
convencidos de crímenes famosos,
á quienes en su mísera bajeza
acompaña una infamia, una vileza,
no soy capaz. Como hombre miserable
un yerro he cometido... irreparable.
Llevado de un exceso, por mi suerte,
un veneno he bebido, y una muerte.
Yo en fin.. de amor.. experimento..pero..
¿Qué voy á pronunciar? De amor severo.
¡Ah! ¿Y en qué lugar? Si... no me retrato:
todo el imperio de un amor ingrato.
¡Ah Padre amado! Esto experimento,
y ahora mismo es cuando mas lo siento,
pues en este momento que pretendo
arrancarle del pecho, mas me enciendo.
Si, Padre, de rodillas solicito
tu compasion; ya viste mi delito:
mi corazon... pudieras tu sanarle
ó á lo ménos... muriendo:.. sosegarle.
Abad. Habla, hijo querido tu desgracia
me rompe el corazon. Fia en la gracia
de aquel Señor que no elejará en vano,
ni imperfecta la obra de su mano:
su mano, si (todo temor desecha)
arrancará del corazon la flecha;
y una lágrima sola pero viva,
apagará la llama mas activa.
Com. Voy, pues, á una amistad fina y sincera
à descubrir mi alma lastimera.
Si en este sitio de virtudes lleno,
y de héroes y verdad pensil ameno,

Lui. Con franqueza, señora, nada receleis.

Adel. Cabalmente me has hablado de un asunto, de que es necesario estés enterada. Aquel sugeto incognito, que vino en trage de pintor, cuya presencia me sobresaltó.. era... oh Dios!.. era el criado de mayor confianza que tiene Cominge: yo creo que sus intenciones son el introducir en esta casa bajo el disfraz de pintor al mismo Conde.

Lui. Qué decis? *Admirada.*

Adel. No tienes que dudarlo: las espresiones misteriosas de su despido me lo hacen sospechar. „ Señora, „ me dijo, vos vais á ver dentro „ de pocos dias en el recinto de „ estas paredes un sugeto que... „ vamos... sumamente interesante „ para vos..." A mas de esto el saber que mi esposo aguarda de un momento à otro à un pintor famoso, aumenta mis recelos... Ah! ten compasion de mi querida Luisa. *Con energia.*

Lui. No sé que aconsejaros. El zeloso caracter del señor Marques dà mucho que temer. Conozco que es algo arriesgada esta empresa; pero el amor os prestarà auxilios.

Adel. Un amor culpable y criminal!..

Lui. Ya lo veo... Vos estais casada. Solo la muerte puede romper los lazos que os unen con el señor Marques.

Adel. Qué cruel certidumbre!
Con la mayor afliccion.

Lui. Siento en verdad renovaros estas crueles memorias... pero ya veis...

Adel. Ah! si... ya veo que soy la muger mas desgraciada.. Hija inobediente, amante perjura, esposa desleal... yo fallezco.
Con el mayor abatimiento reclinandose en la mesa.

Lui. Alentaos, señora. Cuan imprudente fuí en hablaros de un asunto tan delicado... El cielo os consolará.

Adel.. No hay perdon para tantos delitos.
Con voz debil permaneciendo en la misma situacion.

Lui. Mirad que puede llegar vuestro esposo, y ya conoceis su genio...

Adel... Ah!.. Mi destino cruel le dió este título, pero no mi amor.
Levantando la cabeza y con algun átomo de furor.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos y un Criado.

Cria. El Cavallero Orviñí pide permiso para entrar.

Lui. Señora, lo ois?

Crid. Qué le diré?

Adel. Orviñí! mi cuñado ¡Ah! sú sensible corazon se interesará en mis penas... Dile que entre.

Cria. Os obedezco. *Vase.*

ESCENA TERCERA.

Luisa y Adelayda.

Lui. El señor de Orviñí se manifiesta muy compadecido de vuestra sitnacion... Creedme, señora: Confiadle todas vuestras penas sin recelo alguno.

Adel. Si su hermano el Marques tuviese un corazon tan sensible como el que me manifiesta, no seria yo tan desgraciada... Pero callemos, que el llega.

ESCENA CUARTA.

Dichos, y el cavallero Orviñí en trage decente, y si parece bien con uniforme frances.

Orv. Se me permite el honor de dar los buenos dias á mi querida hermana?

Adel. Entrad, amable bien hechor mio: no me sonrojeis con vuestros cumplimientos.

Orv. Pero qué, siempre tengo de

encontraros tan melancólica y afligida? Cuando brillará en vuestro hermoso rostro aquella afable sonrisa, que cautiva los corazones sensibles, y que forma la delicia de la sociedad? Animo, Marquesita... Vos quereis apurar hasta lo último la copa de la afliccion, complaciendoos en saborear sus amarguras. Efectivamente no comprendo el motivo que os obliga á llorar continuamente.

Adel. No me atormenteis, amado Orviñí, con semejantes reconvenciones. Yo las aprecio como hijas de un benigno corazon que se interesa en mi felicidad, pero conozco que es en vano el querer valerme de ellas, para hacer mas llevadero el rigor de mi destino. Si conoceis mi afliccion, dejad que padezca eternamente.

Orv. Estais muy preocupada, Ade-
Con toda espresion.
layda; y cuando, creia hallaros algo mas tranquila, sabiendo que el Marques se halla algun tanto mas sosegado en sus zelosas inquietudes, os encuentro tan abatida. Decidme, que nuevo pesar os inquieta?

Adel. Ah, generoso Orviñí... perdonad mi inadvertencia. Sentaos.
Luisa acerca una silla y se retira, y Orviñí se sienta.

Orv. Dejaos de cumplimientos... Vos sois para mi la persona mas sagrada del universo... Os contemplo sacrificada á los caprichos de un Padre que desatendiendo á la felicidad de sus hijos, la sacrifica á sus particulares intereses.

Adel. No me hableis de eso, Orviñí, si pretendeis consolarme. Vos sereis siempre mi amigo, y mi bienhechor. Bien conoceis mi terrible situacion... Compadecedme.
Con suma inquietud.

Orv. Pero señora...

Adel. Ah! vuestro hermano....
Con dolor.

Orv. Bien lo sé: mi hermano es la causa de vuestras penas. Vos esposa de Cominge hubierades sido enteramente feliz. Pero los intereses de dos hermanos enemigos han labrado vuestra desgracia. El remedio es ya imposible: Benavides es ya vuestro esposo: la fidelidad que le jurasteis al pie de los altares; el si fatal...

Adel. Ah! Este si me lo arrancó de la boca la cruel severidad del padre de Cominge... Oh Dios! que
Como horrorizada y con dolor.
nombre acabo de pronunciar.

Orv. Volved en vos, Adelayda; y hablemos de otros asuntos menos sensibles para vuestro corazon.

Adel. Siempre Cominge en mi memoria... ¡Cielos!..
Con el mayor abatimiento.

Orv. Olvidad á Cominge... Conozco que su amor puede mucho en vuestro corazon.

Adel. Su amor!.. En este instante... el me consume... el me devora...
Levántase precipitada, se pasea con suma inquietud.
Orviñí... El cielo me destinó para ser suya... si... lo seré... tiranos, arrancadme el corazon; pero no me priveis de mi amante.

Orv. Qué delirio es este, querida Marquesita?

Adel. Si... seré suya... el amor unió nuestros corazones... En vano intentan dividirlos.

Orv. Adelayda! *Con suma dulzura.*

Adel. Qué espresion! Qué dulzura! Cuantas veces sus labios pronunciaron este nombre con igual energia? Aun me parece que le veo á mis pies librándome del riesgo en que me hallaba, por la precipitacion del coche... Si, me decia, Adelayda, yo soy vuestro... En vano intenta mi Padre privarme del consuelo de amaros... Os he entregado mi corazon, y si vos no le despreciais....
Queda un rato suspensa.
Peró... que funestos recuerdos! *cor-*

re á Orviñí.
Si, vos lo sabeis... Cominge aun me ama... El Marques vuestro hermano. Oh Cielos!.. El es...

Orvi. Basta, querida hermana, basta... Os olvidais de vuestro estado, de la zelosa condicion de vuestro Esposo... pero, sentaos, y hablad... Comunicadme vuestros resentimientos.

ESCENA QUINTA.

Luisa y dichos.

Lui. Señora, Señora, el Señor Marques sube la escalera.

Orvi. Sosegaos, Adelayda: seria cosa muy fatal para vos el que os hallase vuestro marido en este estado de inquietud.

Lui. Otros tres desconocidos vienen con él.

Adel. Desconocidos! quienes son?

Lui. Me han dicho que uno de ellos es el celebre Pintor que estamos aguardando.

Adel. El Pintor? Oh Dios! Perdonad, Orviñí, no está mi corazon para recivir enfadosos cumplimientos; y mas de personas incógnitas. Si el marques preguntase por mí decid que estoy algo indispuesta; que pronto volveré. *Vase y Luisa.*

ESCENA SEXTA.

Orviñí, el Marques, Cominge, Donville, y Lorenzo, en trage de Pintores.

Marq. Por fin, hermano, ya hemos logrado, poseer nuestro artifice. Bastante se hizo de rogar, y siempre al merito se le deve la atencion. Adelantaos, buen hombre: qué tristeza es esta! Vuestro rostro indica que haveis pasado muchas penas. Paciencia, amigo mio, paciencia. En este mundo cada uno tiene las suyas: yo mismo aunque en la apariencia opulento y feliz, tengo en el fondo de mi corazon un afan que me roe y entristece, pues habiéndome cabido en suerte la muger mas hermosa y de los mejores atractivos, su continua melancolia desbarata todos los gustos que pudiera proporcionarme el matrimonio.

Comi. Vos, Señor, bien podeis llamaros feliz, por que una Esposa bella, docil y amable es el don mas precioso que podemos recivir dela Divina Providencia; pero yo, destinado desde mi infancia, à sufrir las mayores persecuciones; quando habia logrado interesar à favor mio la muger mas tierna, y sensible; un accidente imprevisto la arrebató de mis brazos para siempre, dejandome sumergido en la mayor desesperacion

Orvi. Lastima, amigo mio, lastima; os compadezco, por que quando uno se ha tomado la pena de conquistar un corazon, y ha pasado ya por todos los grados del ataque, venciendo las esquiveces y obstáculos que en estos casos regularmente son comunes; es verdaderamente sensible que otro se aproveche del fruto de la victoria, recogiendo el precioso botin, que le habia proporcionado la fortuna. Pero todos devemos hacernos cargo de la ligereza de las mugeres, que siempre se dejan persuadir, sin tener bastante espiritu para sostener lo que ha prometido su corazon.

Comi. Ah! que la mia fué demasiado firme. Mi Padre, mi cruel Padre fué el autor de mi ruina. Me vi despreciado, perseguido de todos, y me veo ahora en el duro extremo de valerme de mis manos, para procurarme el alimento. Ojalá que las tareas que voy à emprender en vuestra casa disipen la tristeza cruel que me devora.

Marq. Basta, buen hombre: muchas veces el amor nos ciega, pintandonos el objeto amado con los colores mas resplandecientes; pero los ojos imparciales de nuestro superiores, conocen mas pronto lo que nos es util, y esto es lo que les acarrea el

nombre de barbaros, no siendo mas que prudentes y razonables: tal vez las qualidades de vuestra enamorada..

Cimi. Ah! que decis, Señor? Perdonadme. *con expresion.* Por bella y virtuosa que sea vuestra Esposa, es imposible que aventaje en virtudes á la que habia elegido mi corazon: peró esto nos distrae del objeto para que me habeis llamado; estoy enteramente pronto á vuestras órdenes. Mandad.

Marq. Decis muy bien, Estos razonamientos no servirán mas que de afligirnos à entrambos. Yo quiero que la pintura de mi quinta al paso que sencilla, presente todas las variedades y hermosura de la campaña, y enfin todo lo que pueda contribuir à disipar la melancolia que aflige al corazon de Adelayda.

Comi. Espero que mis trabajos, con la ayuda de mis buenos compañeros, harán todo el efecto que deseais: Dichoso yo si por medio de mi arte, me adquiero vuestra amable benevolencia.

Marq. Pues seguidme, amigos; yo voy á informaros de lo que debeis hacer, y creed que el Marques de Benavides, sabrá recompensaros generosamente vuestros servicios. *Vanse todos menos Cominge.*

ESCENA SEPTIMA.

Cominge solo, que queda un rato pensativo, y despues registrando la escena esclama.

Cmo. Ó mansion deliciosa, y apacible; ya, por mi desgracia funesta y horrorosa para mí!... Yo el mas constante, y tierno de los amantes, me veré obligado á presenciar la dicha de mi rival? tendré valor, para contemplar á mi amada en los brazos del Marques? Ah! En vano la razon me obliga á contener los impetus de mi zeloso furor... El amor conbate mi corazon, enagena mi espiritu, y me impele à la venganza. Si, yo te vengaré, querida Adelayda! tu me sacaste de la fatal esclavitud, en que me tenia la tirania de un Padre, sacrificandote á ti misma por mi libertad... y de que modo?.. Ah! tiemblo de ira al pensarlo... Entregandote á un sugeto el mas aborrecible para ti... mas yo, reconocido á tal beneficio, vengo resuelto à arrancarte de sus perfidos brazos, y á salvarte de tan dura opresion... Estoy determinado: el amor me alienta: nadie puede impedir mis designios. Con el disfraz de Pintor, he podido introducirme en esta quinta; y he de salir de ella, ó llevandome conmigo á mi dulce Adelayda, ó *Con todo el furor posible.* regando con mi infeliz sangre estos umbrales... Lo he jurado y sabré cumplirlo.

Fin del Acto 2º

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon que figura ser la habitacion en que está pintando Cominge, con puertas laterales, de las cuales se supone ser la una la del cuarto de Adelayda, y la otra la de un corredor que se dirige á la Galeria, por la cual sale el Marques de Benavides con Fabricio.

El Marques y Fabricio.

Marq. Sigueme Fabricio, á ti solo te juzgo digno de confiarte un asunto el mas interesante... ¿Sabrás guardar fielmente el secreto?

Fab. Si Señor... Ved lo que quereis, que solo anhelo complaceros; cinco años ha que os sirvo, y creo que teneis bastantes pruebas, para no du-

dar de mi fidelidad.

Marq. Estoy enteramente satisfecho de tu honrado proceder, y por lo tanto solo he querido fiarme de ti en este asunto... Escuchame... pero antes cierra estas puertas, para que nadie pueda oirnos,

Fab. Os obedezco. *Cierra las puertas.*

Mar. Los zelos me devoran... Yo apurarè mis sospechas. Si estàn culpados, tiemblen mi furor.

Fab. Señor, ya quedan cerradas las puertas.

Mar. Pues bien, escuchame; (sobre todo sigilo y precaucion.) No ignoras que me hallo Esposo de una muger bella y amable la qual unió conmigo, mas que el amor, el destino: ya sabes que Adelayda, jamás hubiera sido mia, à no ser por los intereses de su familia; que ella amaba y era amada del joven Conde de Cominges su primo, y que las casas de Cominge y de Luzan eran y son aun enemigas declaradas, é irreconciliables. Pero de qué sirve referirte todo esto, que muy bien te consta, quando los terribles zelos que despedazan mi corazon, me impelen à que sin demora te declare todas mis sospechas? El nuevo Pintor que acaba de llegar à esta quinta es el motivo de ellas. Adelayda vivia continuamente retirada en su Gavinete, con sola la compañia de aquel perrito suyo tan querido, reusando tal vez aquellos dulces momentos, que el lazo de himeneo concede à los corazones mas tibios, Desde que ha llegado este Pintor, ha abandonado su retiro: continuamente se pasea agitada por la Galeria, mira con atencion á esta sala, fixa sus ojos en el desconocido Pintor, las lagrimas riegan sus mexillas, hace mil caricias á su perrito, le llama su consuelo, su unico alivio: por otra parte el Pintor se asoma muchas veces á la ventana de la Galeria, está muy pensativo, muy agitado; he reparado que escribia en la pared con el lapiz... Ah!.. lo diré? si... Yo lo advertia, sin que el lo echase de ver... ha escrito: *Adorable Marquesita de Luzan*: amigo: todo confirma mis sospechas...de ti me devo fio ...ay Dios! Los zelos me devoran.

Fab. Señor Marques, qué agitacion es esta? Reportaos... declaradme vuestros intentos, nada receleis.

Marq. Escuchame y compadeceme. Yo he de indagar mis sospecha. Fingir que salgo á la campaña quatro dias para divertirme en la caza... Aparentaré la ausencia.... quedaré escondido en el recinto de mi quinta... Tu esparcirás la voz de mi partida...haz que la sepa el Pintor... te quedarás de centinela.. vigila, observa, y quando llegue el momento de mi venganza, avisame sin dilacion... Ya te diré donde me encontrarás.

Fab....Qué decis?

Marq... Yo te hice depositario del secreto, y te lo hago de mi honor Si observas que se halla injuriado...

Fab...Mirad Señor...

Marq. No te detengas... Abre estas puertas....Divulga mi ausencia.... Conviene que sea sin demora, date prisa.

Fab. Prometo que quedareis contento de mi: *abre las puertas y se vá.*

Marq. Ah! quan amargas fuisteis para mi dulces delicias de himeneo! Yo pensé encontrar la tranquilidad y el sosiego en el talamo nupcial; y solo he encontrado el pesar y la desesperacion. Yngrata Adelayda!... Si estás culpada, teme mi venganza. Las sospechas inquietan mi corazon. Cielos!.. Quien será este Pintor? Si será algun embiado de Cominge? Esta idea me arrebata... temed mi furor, infames!... El cuchillo terrible de la venganza amenaza vuestras cabezas: temblad.

queda pensativo.

ESCENA SEGUNDA.

Luisa que sale del quarto de Adelayda, y dicho.

Lui. Cuan pensativo está! No me atrevo à hablarle. Señor?
Marq. Qué quieres?
Luis. Vuestra Esposa...
Marq. Qué intenta?
Lui. Me envia à deciros...
Marq. Vete.
Lui. Caspita! Que borrasca es esta?
Marq. Que hago? Conviene aparentar tranquilidad dime, ¿que quiere mi Esposa?
volviendo á Luisa con serenidad aparente.
Lui...Si he de disgustaros...
*Marq.*Como? disgustarme? de qué?
Lui. De nada... yo lo presumia.
Marq. Habla...qué quiere Adelayda?
con mas cariño
Lui. Me envia à deciros que extraña sumamente qne no la hayais participado vuestra partida. Acaba de saber por Fabricio que salis á divertiros en la caza por quatro ó cinco dias; y así...
Marq. Dí á mi esposa que no me crea tan imprudente que no se lo hubiese noticiado. Iba á dar al pintor las ordenes convenientes, y á dejar arreglados ciertos asuntos, y despues hubiera entrado en su retrete, á despedirme de ella. Dila igualmente que si gusta acompañarme, iremos á nuestra casa de campo de Lunebourg, y vendrá tambien mi hermano Orviñí... pero no la digas nada, que yo paso á verla inmediatamente.
vase al quarto de Adelayda.
Lui. Jesus! Qué mudanza! Gran tempestad amenazaba, y de repente se ha serenado el Cielo. Esta marcha tan inesperada me dá que discurrir. Creo que mi amo sospecha algo en el asunto...Pobre Señora! He aqui lo que tiene el casarse una por fuerza... yo por mi parte la compadezco, y su exemplo me servirá de aviso para cuando me halle en estado de matrimonio. Yo tengo de casarme á mi gusto, ó sino con palma á la sepultura. Este Lorenzo, este buen pintor no me desagrada... pero tiene un genio tan taciturno... un aire tan grave... en fin es digno criado de su amo. *mirando*
mirando adentro.
Cata ahi el Lobo de la fábula.

ESCENA TERCERA.

Lorenzo, y dicha.

Lore. Luisita?
Lui. Qué quiere Vm?
Lore. Es cierto lo que acaban de decirme?
Lui. Qué?
Lore. Que el Señor Marques vá á ausentarse por algunos dias.
Lui. Asi lo aseguran... pero á vos que os importa?
Lare. Sino me importára...
Lui. Y para qué puede importaros?
Lore. Finjamos. *aparte.*
Lui. Decid.
Lore. Es que siempre podremos con mayor libertad vernos y hablarnos.
Lui. Y qué necesidad teneis de hablarme ni aun de verme?
Lore. Qué necesidad? Mas de la que pensais. Quién podrá mirar con indiferencia estos hermosos ojos, capaces de conmover al corazon mas tibio?
Lui. Aprecio la adulacion.
Lore. Jamas supe mentir... En verdad vuestro rostro es interesante...y mayormente para...
Lui. Para quién? *con viveza.*
Lore. Para un pintor, que siempre busca fisonomias agradables con que poder eternizar sus obras.
Lui. Y la mia lo es?
Lore. Seguramente.
Lui. Pues creed...
Lore. Silencio, que sale el señor Marques.

ESCENA CUARTA.

El Marques y dichos.

Marq. Luísa, tu ama te necesita. *vase Luisa.*
¿Amigo donde está vuestro amo?

Lore. En la cocina componiendo los colorès y desleyendo la cola.

Marq. Voy á hablarle: A Dios: *Va á irse y vuelve.* procurad adelantar la pintura de esta quinta; mirad que me ausento por algunos dias, y quisiera á mi vuelta hallarlo quasi concluido todo.

Lore. Harémos lo posible.

Marq. Fabricio mi Mayordomo os dirá lo que habeis de hacer: voy á ver á tu amo. *vase.*

ESCENA QUINTA.

Lorenzo solo.

Lore. El se vá!. Linda coyuntura! He aqui la ocasion que aguardaba mi amo... Mucho me alegro... Aqui viene la Marquesita... Disimulemos.

ESCENA SEXTA.

Adelayda sale de su cuarto y dicho.

Lore. Beso á Vm. los pies.

Adel. Dios os guarde, amigo: y vuestro amo?

Lore, En la cocina.

Adel. Sabeis si ha salido mi Esposo?

Lore. Está á ver á mi amo.

Adel. Qué os ha dicho?

Lose. Que se ausentaba por algunos dias, y que quisiera á su vuelta hallar nuestra obra quasi concluida: que su Mayordomo Fabricio nos dará las ordenes correspondientes.

Adel. Procurad dejarle contènto, y esperimentareis su generosidad.

Lore. Asi lo creo.

ESCENA SÉPTIMA.

Lúisa, y dichos.

Lui. Señora?

Adel. Luisa, qué qnieres?

Lui. Acaba de salir...lo vi desde la galeria. *la oido.*

Adel. Disimula.

Lore. Eh!.. aqui llega el amo... principiarémos á pintar esta sala.

Adel. El es.. vamos Luisa. *vanse.*

ESCENA OCTAVA.

Cominge y Doville con avios de pintar, y Lorenzo.

Comi. Ella es... Si... Dime Lorenzo, la hablaste? *presuroso.*

Lore. Si Señor.

Comi. Qué te dijo?

Lore. Me preguntó donde estabais?

Comi. Oh! Dios!.. Aun se acuerda de mi! *con júbilo.*

Donv. Sosegaos.

Comi. Nada mas te dixo?

Lore. Me habló de la partida de su Esposo.

Comi. Del Marques? *Con expresion.*

Lore. Si Señor: me persuadió que procurasemos complacerle, pues esperimentariamos su generosidad. Si vierais con que dulzura lo decia!

Comi. Ah! Bien lo creo.

Lore. En fin la fortuna empieza á sernos favorable. No os faltará ocasion para hablarla á solas. Acaba de entrar en la Galeria junto con Luisa; *Cominge inquieto quiere entrar*

Donv. Por Dios, calmad vuestra inquietud.

Comi. Ah Donville! Esta inquietud *estrechandole la mano.* es mi consuelo: en ella encuentra alivio mi angustiado corazon. No, jamas podré gozar sosiego alguno: la tranquilidad huyó de mi para siempre...Sabeis si ha salido ya el

Marques?

Lore. Creo que si.

Comi. Donville, ve á averiguarlo... mira donde está Adelayda.

Donv. Deseo serviros. *vase.*

Comi. Yo he de hablarla... he de verla... me arrojaré á sus piès, le renovaré el juramento de fidelidad: tal vez compadecida de mi desgraciada suerte me levantará à sus brazos..Oh! Dios! que dulces esperanzas!

Lore. Señor, Señor, viene Fabricio... disimulad.

Mirando adentro, y se entretienen en componer los colores. Cominge echa lineas en la pared, y Lorenzo le dá el compás, reglas &c.

ESCENA NONA.

Fabricio, y dichos.

Fab. Conviene cumplir las ordenes de mi amo... es menester no perder de vista el cuarto de la Señora. Dios os guarde amigos.

Lore. Para serviros.

Fab. procurad que las lineas que tomeis estén arregladas al plan que os ha dado el Señor Marques.

Lore. Así lo harémos.

Fab. Sabeis si la Señora está en su retrete?

Lore. Lo ignoramos.

Fab. Y vos no hablais? *á Cominge.*

Comi. Perdonad, amigo, me hallaba distraido en mi tarea.

Fab. Parece que estais muy afligido.

Comi. A nadie le faltan motivos para estarlo.

Lore. Es su natural... Siempre le veréis hipocóndrico. Los hombres instruidos regularmente son melancólicos.

Fab. No quiero distraeros: seguid vuestro trabajo. *vase.*

Lore. Anda con dos mil de á caballo. Me gusta tan poco este mayordomo... Creo que es intimo del Marques, y que sigue sus caprichos.

Donv. Señor, el Marques ya ha salido con dos de sus criados rato hace. La Señora se pasea por la galeria; asomaos, y podréis verla.

Comi. Si si; tienes razon. *vase.*

Lore. Seguidle, no le perdais de vista.

Donv. Conviene hacerlo asi. *vase.*

Lore. Pobre amo.!. Hé aqui las fatales consecuencias de la crueldad de un Padre.

Fabricio se asoma el paño.

Fab. Lorenzo está solo..¿Donde estará su amo?

Lore. Que veo? Fabricio.

ESCENA DÉCIMA.

Fabricio y dicho.

Fab. Lorenzo... ¿donde está vuestro amo?

Lore. Ha ido á la cocina á calentar la cola.

Fab. Como? si está asomado en la ventana de la Galeria? *mirando adentro.*

Lore. Maldito seas. No lo estrañeis. Como está tan entusiasmado en su arte, cuando contempla algun primor, ó alguna belleza con que poder hermosear sus obras, queda suspenso en su contemplacion. Las bellezas de esta preciosa Galeria son el motivo de que jamas deje de contemplarla, y se recrea en ello.

Fab. Y entre tanto se atrasa la obra.

Lore. Veo que teneis razon. Iré á avisarle. *vase.*

ESCENA UNDÉCIMA.

Fabricio, y luego Luisa.

Fab. Ah! que seguramente son bien fundadas las sospechas de mi amo. Acabo de dejarle en la entrada del jardin, y me estará aguardando con

impaciencia. Voy á avisarle de lo ocurrido, y vuelvo á observar... Mas ¿qué querrá Luisa?

Sale Luisa del cuarto de Adel.

Lui. Eh! Lorenzo? No está.

Fab. Qué querias de él?

Lui. Deseaba saber... Qué le diré? *Aparte.*

Fab. Eh! ya estarás enamorada de este pintor. Muchacha, juicio. *vase.*

Lui. Caspita! Qué seriedad gasta el señor mayordomo! Como hace las veces del amo, querrá que todos le respeten y teman. Ah! vienen los pintores. Cumplamos el encargo.

ESCENA DUODÉCIMA.

Dicha, Cominge, Donville, y Lorenzo: despues Fabricio, al paño.

Comi. Esto ha dicho?

Lore. Si señor... pero Luisa, qué quieres?

Lui. No sé como decirselo. *Ap.*

Comi. Habla. *Con timidez.*

Lui. La señora.. dice.. que..

Com. Qué dice? *Con energía.*

Lui. Pregunta por que la llamabais desde la galería...

Comi. De veras? *Con espresion*

Lui. No lo dudeis.

Com:. Ydónde está?

Lui. En su retrete.

Comi. Llegó la suspirada ocasion. Amor, asisteme.

Lui. Qué respondeis?

Comi. Voy á verla.

Lui. .
Lore. . } Cómo?
Donv.

Comi. La ocasion me brinda.

Lore. Deteneos.

Donv. Reparad...

Y á un mismo tiempo al paño Fab.

Fab. Qué agitacion es esta?, observemos.

Lui. Ved que es mucha osadía.

Comi. He de verla, he de hablarla... no lo impidais.

Fab. Qué escucho!

ESCENA DÉCIMATERCIA.

Adelayda que abre la puerta del cuarto y dichas.

Adel. Qué ruido es este? Qué quereis?

Comi. Cielos!

Cae trastornado en brazos de Lor.

Fab. Mi amo sospechó con fundamento.

Adel. Qué tiene este buen hombre?

Comi. Nada, señora... soy un desgraciado...

Adel. Conviene disimular. *Ap.*

Comi. Me quereis escuchar? Acaso me desconocereis?

Lore. Es imprudencia el contenerle. Retiremonos.

Los criados se retiran menos Fabricio que está al paño,

Adel. Cómo? me dejáis sola?

Quiere irse.

Comi. No huyais bella Adelayda! *La coge de la mano.* dejadme gozar por la última vez el placer de veros. Pasado este feliz instante me ausentaré de vos para siempre. Sea en buen hora el marques mas dichoso que yo.

Adel. Qué decis? tendreis valor de increparme? Creereis que haya faltado á la fidelidad que os juré?

Fab. Llegó el momento de la venganza: voy á avisar al señor marques. *Vase.*

Comi. No, bella marquesita: (*postrándose á sus pies:*) jamas os he creido desleal: perdonad una espresion que ha salido de mi boca, sin consentimiento de mi corazon.

Adel. Todo os lo perdono, como os vayais de aqui en este mismo instante, y jamas me volvais á ver. Reflexionad que por vuestra causa soy la persona mas desgraciada del mundo: Levantaos.

Comi. Haré cuanto me mandareis; pero prometedme á lo menos que no me aborrecereis.

Adela. Yo aborreceros! Ah! que poco conoceis mi corazon! Levantaos.

Comi. No, no me levantaré de vuestros pies, hasta que haya sellado mis labios en esta preciosa mano.

Se la besa enternecido.

Adel. Soltad.

Comi. Dejad que logre á lo menos esta pequeña satisfaccion.

Adel. Qué haceis? Levantaos.

Coml. Ah querida Adelayda!

Adel. Ah Cominge!

Con toda espresion.

ESCENA ÚLTIMA.

Los dichos, el marques que entra precipitado con la espada desnuda, Fabricio, Luisa, Donville y Lorenzo, y criados que salen al ruido. El marques corre á Adelayda, y al ir á herirla, Cominge se pone delante, queda herido, toma una espada que hay encima de una silla, hiere al marques y hacen lo demas que espresan los versos.

Marq. Cominge... el es.. pérfida, morirás.

Comi. El destino me favorece.

Toma la espada que hay en la silla.

Marq. En vano la defiendes; por ti empezaré mi venganza.

Comi. Sé defenderme; muere.

Marq. Ay de mi!

Comi. Cielos!

Cae el marques en brazos de sus criados, y Cominge queda herido.

Adel. Cominge, he aqui tu obra.

Cae desmayada en los brazos de Luisa.

Lui. Señora...

Cominge herido, es preso por los criados: Luisa socorre á su ama: Donville y Lorenzo al conde, y Fabricio al marques, de modo que formando un vistoso grupo cae el telon.

Fin del acto 3.º

ACTO CUARTO.

Sala larga, en el lado izquierdo una puerta cerrada con cerrojo y llave que figura ser el cuarto de la prision de Cominge: al lado derecho dos puertas practicables, al fondo otra (si es posible) y una mesa con escribanía &c, Aparece el caballero Orviñí sentado junto á la mesa escribiendo, cierra la carta, se levanta y dice.

ESCENA PRIMERA.

Orviñí solo.

Orvi. Es menester tomar prontas providencias... Mi hermano va empeorando cada dia, y la suerte de Adelayda me hiere en lo mas vivo de mi corazon... Escribo esta noticia á su madre la marquesa de Luzán para que se ponga en camino inmediatamente... Su presencia es necesaria para tranquilizar á la infeliz marquesita... Por otra parte este desgraciado jóven... No sé lo que siente mi corazon acerca de él... Es necesario hablarle para salir de confusiones... ¡Qué veo!. Adelayda!.

Mirando adentro.

¿Qué querrá?

ESCENA SEGUNDA.

Adelayda que sale por una de las puertas de la derecha, y Orviñí se adelanta á recibirla.

Orvi. Querida hermana.

Adel. Generoso Orviñí.

Quiere hablar y el llanto se lo impide.

Orvi. Tomad asiento... os hallais muy abatida y es preciso que procureis reanimaros. Las lágrimas que bañan vuestras mejillas indican el dolor que despedaza vuestro corazon.

Si en algo me creeis útil, hablad querida Adelayda, no os detengais.. estoy pronto á todo sacrificio... hablad.

Adel. Qué decis!.. Vuestra generosidad me anima... pero ¿que iba á hacer?

Como reflexionando.

Orvi. Qué es lo que reflexionais? nada receleis, ¿acaso sospechareis de mi?

Adel. No me sonrojeis, amable caballero.. Yo sospechar de vos, cuando debo estaros sumamente agradecida por los beneficios que me habeis hecho! Ah no... por piedad compadecedme, y no pretendais atormentarme de este modo.

Orvi. Vos ibais á hablar, y un recelo infundado ha detenido vuestra lengua. Algun peso estraordinario os oprime, y es menester descargaros de él.

Adel. Si, Orviñí; bien decis; un grave peso oprime mi corazon; y es menester que procure aligerarle, confiando mis penas á mi generoso hermano, á un amigo, á un bienhechor que tanto se interesa por mi. Estamos solos?

Orvi. Si, nadie puede oirnos.

Adel. Prometeis guardar el secreto que voy á confiaros?

Orvi. Esta pregunta ofende mi honor: antes perderé la vida, que...

Adel. Basta: mi dolor no me deja atinar ni en lo que hago, ni en lo que digo. Ya veis la estraña y terrible revolucion de esta quinta: mi esposo gravemente herido: el pintor preso: Fabricio siempre vigilante á la puerta de su prision: los demas criados espiando sus acciones: Luisa apartada de mi lado: Ah! que fatal situacion es la mia!

Orvi. Consolaos: vuestra suerte me lastima, y juro por las lágrimas que derramais, y por la amistad que os profeso, aliviarla en cuanto me sea dable.

Adel. Amable bienhechor mio!

Echándose á sus pies.

Orvi. Qué haceis? Levantad.

Adel. Dejad que bañe con mi llanto vuestras benéficas manos.

Orvi. Oh Dios! vos me confundis...

Adel. Soy rea, soy criminal...

Orvi. Qué espresiones son estas? qué es lo que decis?

Adel. Falté á la fidelidad jurada á vuestro hermano delante del Ser supremo al pie de los altares.

Orvi. Como!. Es posible?

Adel. No lo dudeis; yo no puedo resistir mas á los remordimientos que me devoran: soy digna del mas severo castigo.

Orvi. Esplicaos...

Adel. Si... ya que no me avergoncé de cometer el delito, no debo ruborizarme al declararlo. Este pintor que se halla preso, el asesino de vuestro hermano...

Orvi. Qué? hablad.

Adel. Es.. oh Dios! me falta el aliento...

Orvi. Como!. Quién es?

Adel. El desgraciado conde de Cominge.

Con voz dolorosa se esfuerza en pronunciar su nombre, da un grito, y cae desmayada en los brazos de su cuñado.

Ah!. yo fallezco...

Orvi. Cielos!. Cominge!. Adelayda!. Oh Dios!. Qué confusion!. No sé que hacer!. Ola!

ESCENA TERCERA.

Dichos, Luisa que sale por el foro, y Fabricio de la puerta que figura conducir á la prision de Cominge.

Orvi. Socorred á Adelayda.

Fab. Qué es esto?

Lui. Mi ama desmayada...

Orvi. Traed agua... un pomito de olor...

Lui. Voy por él. Pobre señora! *Vase.*

Fab. Cómo ha sido?

Orvi. Agoviada del dolor perdió los sentidos.

Fab. Cierto que me da lástima... Ah señor!.. *Doloroso.*

Orvi. Qué significa esta esclamacion?

Fab. Yo soy...

Sale Luisa.

Lui. Aqui está el pomito.

Orvi. Traele: haz que le huela.

Luisa la hace oler el pomito.

Adel. Dios mio! donde estoy?

Orvi. En mis brazos, querida marquesita: sosegaos.

Adel. Ay de mi!

Orvi. Dejadnos solos.

A Luisa y Fabricio.

Fab. Señor, tengo que hablaros.

Orvi. Vete á la antesala, y aguarda mis órdenes.

Fab. Obedezco. *Vase.*

Lui. Si algo se ofrece, avisad. *Vase.*

Orvi. Podeis retiraros. Ya estamos solos, Adelayda: ya me hicisteis sabedor del fatal secreto: reanimaos, y decidme cuales son vuestras intenciones.

Adel. Ah!. qué mas tengo que deciros? Ya sabeis mi desgraciada suerte: ya veis el rigor de mi destino... compadecedme.

Orvi. Os compadezco; pero decidme: que exigis de mi amistad? Cominge está preso... Benavides herido... Vos angustiosa; es menester remediarlo todo; esplicaos.

Adel. Ah! el favor que pretendo exigir de vos, me hace aparecer mas criminal á la vista de los hombres: pero el cielo sabe á fondo mis intenciones. Deseo... Oh! Dios! qué iba á decir? *Horrorizada.*

Orvi. Qué? decid! Os llenais de temor al proferirlo? Ahora conozco que no me creeis digno de vuestra confianza.

Adel. Deseo que libreis á Cominge. Ya sabeis mis designios, y espero que los efectuareis.

Orvi. Librar á Cominge? Y eso solo pretendiais de mi? En este mismo instante... si... en este mismo instante quiero complaceros.

Adel. Deteneos... Yo estoy confusa...

Orvi. Perdonad mi curiosidad: y ¿qué pretendeis de él, dándole la libertad?

Adel. Verle por la última vez, darle el adios postrero, y hacer que se aleje de mi lado para siempre.

Orvi. Quedo enterado... pero disculpad mi demora. Ahora me acuerdo que Fabricio ha dicho que deseaba hablarme: he leido en su rostro... en fin he de verle: permitid que le llame.

Adel. Como gusteis.

Orvi. Retiraos: desde vuestro retrete podreis oirnos.

Adel. No os detengais largo tiempo.

Orvi. Id confiada. *Vase Adel.* Fabricio? *Acercandose al bast.*

ESCENA CUARTA.

Fabricio y dicho.

Fab. Qué me mandais?

Orvi. Estamos solos. Dijiste que deseabas hablarme y espero que lo harás.

Fab. Antes postrado á vuestros pies... *Arrodillado.*

Orvi. Qué haces? Levanta.

Fab. Yo fuí el vil motor de la horrible escena acaecida en el retrete de Adelayda. Encargado por el marques de que vigilase las acciones de su esposa, fuí á darle parte de lo que pasaba con el pintor. Mi amo, con una ausencia fingida, quiso apurar las sospechas que tenia de este... yo he precipitado á Adelayda, y al desgraciado Cominge en el abismo en que se hallan sumergidos... Solo vuestra mano benéfica puede librarnos á todos. Ah señor! perdonadme, y consolad á estos infelices.

Orvi. Tu no has sido delincuente: has sido un criado fiel que miraste por el honor de tu amo: solo faltaste en no avisarme las sospechas

de mi hermano y sus intenciones: tu arrepentimiento es una prueba de tu sensibilidad.

Fab. Quedo perdonado? Asegurádmelo.

Orvi. Antes necesito de ti una prueba. Tu eres el encargado del preso: Tu eres el único á quien permite el marques hablar con él: yo deseo verle y hablarle: dame la llave de su prision, y retírate.

Fab. Aqui la teneis.

Le da una llave.

Orvi. Bien... Avisa à la marquesa, y aguardame en la puerta secreta de la quinta.

Fab. Os obedezco. *Vase.*

ESCENA QUINTA.

Orviñí, y luego Adelayda.

Orvi. Qué yo sea el libertador del rival de mi hermano! Es estraño: pero la sensibilidad me obliga à hacerlo... Adelayda anegada en llanto me lo ha pedido... El corazon me dice que ella está inocente... Ama à Cominge; pero sin ser desleal á su esposo... Ella llega.

Sale Adelayda.

Adel. Qué es lo que teneis que decirme?

Orvi. Habeis oido la confesion de Fabricio?

Adel. Todo lo he oido y me ha llenado de turbacion.

Orvi. Voy á libertar á Cominge: esperadle en esta sala, y habladle por la última vez. Fabricio me aguarda en la puerta secreta, por la cual le haremos salir. Le daré una carta de recomendacion para un amigo mio, que vive à cortas leguas de aqui... Ved si deseo serviros.

Adel. Cómo podré pagároslo?

Orvi. Dejaos de eso. Voy á darle la libertad. *Vase.*

Adel. Oh Dios! Qué fatal situacion es la mia! Hago dar libertad á Cominge, quiero hablarle... pero, qué le diré? Su nombre inflama mi corazon: temo su presencia... Ya

Mirando adentro.

abre la puerta de la prision: Ya le llama: Cominge se presenta vacilante; se echa á sus pies... Oh Dios! Qué escena!

Queda apoyada en una mesa cubriéndose el rostro.

ESCENA SEXTA.

Un rato de pausa. Cominge y Orviñí salen por la puerta de la izquierda, Cominge como turbado, y Orviñí conteniendole.

Comi. Qué? Vos me dais la libertad? Quién sois?

Orvi. No levanteis la voz. El marques podria oirnos y todo se echaría á perder. Estad cierto de que el que os salva deberia ser vuestro enemigo. Esperadme aqui, que pronto vuelvo. Sobre todo, silencio. *Va.*

ESCENA SÉPTIMA.

Cominge y Adelayda.

Comi. Oh Dios! qué es lo que por mi pasa! Estad cierto que el que os salva deberia ser vuestro enemigo!.. No comprendo estas palabras misteriosas. Que quietud reina en esta estancia! Pero.. ¡que veo! (*Adelantándose.*) Adelayda!..

Adel. Cominge!

Vuelve á su situacion.

Comi. Yo tiemblo!..

Adel. Qué teneis? Pasad adelante:

Reanímase y se levanta.

deseo hablaros por la última vez.

Comi. Oh Dios!. por la última vez!..

Adel. Si, Cominge: ya veis el abismo en que este criminal amor nos ha sumergido. Las obligaciones de esposa son sagradas. Cuando entregué mi mano al marques de Benavides, debieron desaparecer de mi

alma todas aquellas sensaciones dirigidas á otro objeto. Si, Cominge: desde aquel instante debia olvidarme de cuanta ternura me inspirasteis en mejores tiempos. Haced cuenta que Adelayda no existió para vos; es preciso vencerse á si mismo, y en fin es menester...

Comi. Qué? *Con prontitud.*

Adel. Que me olvideis para siempre.

Comi. Qué es lo que decis? Yo olvidaros! Ah! cuan poco conoceis mi corazon! Desde el instante en que os ví por la primera vez, vuestra imagen quedó gravada en él para siempre. Ahora me siento mas que nunca inflamado... agitado de aquella dulce llama que encendió en mi pecho el amor. Conozco que seré eternamente desgraciado: pero no importa. En el cruel momento de nuestra separacion, cuando mi padre furioso me arrebató de vuestros brazos, juré amaros toda mi vida... lo juré... y sabré cumplirlo.. Vos aborrecedme, detestadme, poned fin á mi existencia... pero no me priveis del dulce consuelo de amaros.

Adel. Cominge, sosegaos. Vuestro amoroso transporte aumenta mis martirios. El cielo sabe que estoy inocente, y que si conservaba en mi corazon las memorias de vuestro amor, no obstante jamas falté á la fidelidad conyugal. Desde que la suerte, ó por mejor decir la desgracia me unió con el marques de Benavides; hice los mayores esfuerzos para desterrar de mi pecho una pasion de todos modos criminal: mas ah!. todo fué en vano... Cominge siempre reinó en mi corazon: muchas veces mis labios pronunciaban inadvertidamente vuestro nombre; y mi alma se llenaba de alegria. Este era el único alivio que disfrutaba en mis penas... Pero ahora que mi estado es mas crítico, es menester olvidar enteramente semejantes recuerdos. Vos venisteis con el disfraz de pintor para verme: ya lo habeis logrado: el cielo ha vengado nuestro crimen; heristeis á mi esposo, haciéndome á sus ojos criminal y delincuente: vos os hallabais preso, y espuesto á la venganza del marques: mis dolorosos ruegos han conmovido el corazon de un hombre sensible, que compadecido de mi desgracia y de la vuestra, os ha dado la libertad.. admirad su heroismo: deberia ser vuestro enemigo, y es vuestro libertador. Aprovechaos de su beneficio.. idos.. hallaréis vuestros criados en casa de nuestro arrendatario Leblond... El mismo, que os libra, os dará una carta para un amigo suyo, en cuya casa hallareis el acogimiento necesario. Huid.. no os detengais.

Comi. Y vos quedaréis abandonada al celoso furor de vuestro esposo? Quereis que el marques vengativo, creyéndoos delincuente con mi fuga, cebe en vos sus rigores, y llene vuestros dias de amargura? Vos padeceriais, y yo disfrutaria libertad? No... Aqui me quedaré... Castigue el marques mi arrojo: derrame mi sangre, vénguese como quiera, con tal que no insulte vuestro honor... Yo solo soy el delincuente. Sin vuestro consentimiento me introduje en esta casa; mi temeraria osadia me precipitó.. Soy digno del castigo mas severo.

Adel. Qué delirio! Si os interesa mi tranquilidad, si es cierto que me amais; idos.. no os detengais un solo instante.

Comi. Vos me lo mandais?

Adel. Os lo suplico.. Idos, y olvidadme para siempre.

Comi. Ah!. Es imposible.

Adel. Imposible? *Con ternura.*

Comi. Si, absolutamente imposible... Mientras dure mi existencia, vuestra imagen estará siempre gravada en mi corazon: y cuando la muerte ponga fin á mis dias, en-

tonces bajará conmigo al sepulcro este dulce recuerdo... No lo dudeis...Os amaré eternamente.

Adel. Y yo...

Detiénese como horrorizada.

Comi. Qué? acabad. *Con ansia.*

Adel. Mi honor lo exige.. mi obligacion me lo manda.. Debo olvidaros.

Se reclina en la mesa.

Comi. Cielos!..

Queda confuso.

ESCENA ÚLTIMA.

Orviñí con una carta en la mano, y dichos.

Orvi. Partid, Cominge, no os detengais: aqui teneis mi recomendacion.

Le da la carta.

Comi. Debo partir: Vos me lo advertis y Adelayda me lo manda.. Cielos! Y el infeliz Cominge aun respira! Cominge asesino del esposo de la que ama!

Orvi. Contened vuestro impetu. Las almas grandes saben sufrir con resignacion; es necesario que no os detengais un solo momento.

Comi. No.. sacrificadme.. sea Cominge, el infeliz Cominge víctima inmolada á los zelos del marques.

Orvi. Temerario!.. Seguidme. Adelayda, retiraos: á todos conviene vuestra partida: no os detengais.

Saca violentamente á Cominge de la escena: Adelayda se retira á su aposento, y concluye el acto.

ACTO QUINTO.

Bosque largo: al fondo montaña: una senda practicable, por la que ha de subir á su tiempo Cominge: en medio de la escena un árbol, y á su pié un banco de piedra, en que quepan tres actores.

ESCENA PRIMERA.

Salen Cominge, y D. Gerónimo, en trage decente.

Geró. Amigo, hoy os veo mas agitado que nunca y desearia saber la causa de vuestra inquietud.

Comi. No ignorais, amigo, cuan terrible es mi situacion. Desde que fugitivo de la quinta de Benavides, hallé acogimiento en vuestra casa, en donde he merecido de vos las mayores pruebas de amistad, ignorante del destino de una persona la mas interesante para mi, vivo sin consuelo, no encontrando alivio en mi infeliz suerte... Ah! no lo estrañeis... Si en algun tiempo habeis sentido los impulsos de esta pasion que llaman amor, no os admirará mi agitacion. Esta se aumenta progresivamente.. ¡Cuanto tarda en regresar mi fiel Lorenzo! Iba á saber la situacion en que se hallaba Adelayda, el estado de su esposo, lo que ha pensado de mi huida... noticias para mi las mas importantes... Su tardanza aumenta mi afliccion... Cuan cruel destino es el mio! Solo en el silencio del sepulcro hallaré sosiego.

Geró. No desespereis de este modo... Vuestro estado no es tan infeliz como suponeis... Creedme, amigo: yo os he dicho varias veces que las heridas del amor son las menos sangrientas, pero las mas crueles: el único remedio es el olvido. Desechad para siempre este funesto cariño que tantas desgracias os ha ocasionado. Corred á los pies de un tierno padre á espiar con el llanto vuestros estravios: vuestra cariñosa madre...

Comi. Mi madre!. Ah! yo la he sumergido en un abismo de dolor... ! Quien sabe si vive todavia!

Geró. Vive.. si.. no lo dudeis; aunque angustiada con vuestra pérdi-

da, ha sabido resistir á tantos infortunios...

Comi. Qué? Ella vive? Vos me lo asegurais? (*Tomándole la mano.*) Ah! yo corro á gozar en su seno de las maternales caricias... Pero Adelayda... Oh Dios! no puedo olvidarla.

Se deja caer sobre el banco de piedra.

Geró. Permitid que repreenda vuestro delirio. Ya no os hallais en edad de ceder de esta manera á los falsos atractivos de las pasiones, que arrastran al hombre, (si no procura reprimirlas,) á una ruina cierta y evidente. Vuestra erudicion y vuestro talento, la fuerza sobrenatural de la razon contra ellos, son armas bastantes para contener sus impulsos; sosegaos, querido Cominge... Oid la voz de la razon, y triunfareis.

Comi. Ah!.. que mi corazon es muy débil, y mientras viva, no podrá olvidar la imágen del objeto á quien idolatra.

Geró. Os compadezco.

Comi. Me compadeceis?

Geró. Si, amigo: aquel que no sabe dominar sus pasiones es verdaderamente digno de compasion.

Comi. No me culpeis á mi: culpad á la naturaleza, que me dió un corazon tan sensible.

Geró. Pero tambien os dió la constancia necesaria y los esfuerzos convenientes para vencer sus debilidades. Todos estamos espuestos á caer en el error; pero cuando la razon nos lo advierte, el corazon debe esforzarse á sojuzgar y vencer los sentimientos y las pasiones que le agitan. Alentaos, querido conde; la suerte va á seros favorable, si dais oidos á las advertencias que os hace mi amistad. Olvidad para siempre este fatal amor, corred á los brazos de una tierna madre.. ¿Seréis insensible á las penas que sufre, ignorante de vuestro destino? ¿No volais á su seno á consolarla, á borrar con las lágrimas vuestros estravios, á gozar de sus caricias? Si os haceis sordo á la voz del cariño maternal, no teneis el corazon tan sensible como decis.

Comi. Ah! tierno bienhechor mio! Solo este recuerdo puede animarme: yo me siento lleno de un valor estraordinario: no nos detengamos...

Se levanta y queda suspenso.

Pero debo aguardar á Lorenzo: seria injusto el abandonarle... no, antes quiero saber lo que pasa en la quinta de Benavides, donde sembré el llanto, y el horror... Soy un asesino; un delincuente... Oh Dios! Jamas me veré libre de tan crueles remordimientos.

Geró. Dejad estos fúnebres recuerdos: partid al instante: Donville, y dos criados mios os acompañarán: cuando vuelva Lorenzo, le avisaré de vuestra marcha, y le encaminaré á la casa de vuestro padre.

Comi. Os lo agradezco: pero no puedo admitirlo. Es preciso que sepa el estado de Adelayda: su memoria acibaria los placeres que pudiese disfrutar mi corazon; y el acordarme que yo he sido el homicida del marques, llenaria mis dias de luto, y seria desgraciado aun entre las prosperidades de la mayor fortuna.

Geró. Qué decis!.. Pero Donville se acerca: ¿á qué vendrá?

Comi. Donville... Acaso me busca.

ESCENA SEGUNDA.

Donville y dichos.

Donv. Gracias á Dios que pude encontraros.

Comi. Qué traes, Donville?

Donv. Una noticia muy interesante.

Comi. Como?.. acaso? Dilo pronto: que noticia es?

Donv. Dejadme sentar un rato, que estoy fatigado de andar de aqui á

allí para buscaros.

Geró. Sentémonos pues. *Se sientan.*

Donv. Cuan cansado estoy!. Mi edad no se halla ya para estas correrias. Uno quiere hacer el valiente y no puede.

Comi. Siento que por mi causa...

Donv. Por vos arrostrar los mayores peligros. Pero vamos al caso,

Comi. Dime: ¿qué hay de nuevo?

Donv. Lorenzo acaba de llegar...

Comi. Lorenzo!.. ¿qué es lo que dices?

Donv. Si señor: ha descansado un instante: os trae una noticia muy importante, que solo á vos quiere comunicarla: ambos hemos corrido la alameda, el bosque, las viñas, hasta que al fin cansado se ha echado en esta praderia que está al pie del monte, donde ha dicho que me aguardaba; quiero descansar un rato, é iré á buscarle.

Comi. Y qué noticias trae? Malas, ó favorables?

Donv. No lo sé: solo me ha dicho que la suerte os perseguia de todos modos.

Geró. Acaso traerá algun desengaño para vuestro alucinado corazon. Creedme, amigo, y decidme: ¿qué noticia de las que podeis presumir os traiga este criado, seria para vos la mas sensible?

Comi. La noticia mas sensible... no hay duda: la muerte del marques.. ah! entonces seria un asesino.

Donv. No lo creo: el marques vive, y se halla restablecido, segun lo que he podido sonsacar á Lorenzo; pero de Adelayda no me habló palabra... En fin, voy á buscarle, y saldreis de dudas. *Va.*

Comi. Oh Dios! No habló palabra de Adelayda... si acaso devorada del dolor, perseguida por el destino, vendida... ah! que funestos presentimientos!

Geró. Esta venida de Lorenzo ha sido ahora muy perjudicial: os ha abismado de nuevo en la desesperacion.

Comi. No lo creais: Espero con indiferencia las noticias que me comunicará; resuelto siempre á correr al seno maternal, para hallar allí un seguro puerto en mis desgracias.

Geró. Haced que no sea momentanea esta resolucion.

Comi. Pero cómo podré aplacar la cólera de un padre justamente irritado?

Geró. Las lágrimas de un verdadero arrepentimiento hacen justo al hombre criminal en presencia de un juez el mas severo, ante el trono de la Omnipotencia: ¿Cuanto mas podrán á los pies de un tierno padre?

Comi. Un padre, que ha sido para mi tan cruel!

Geró. No lo creais: Si vos hubieseis obedecido sus preceptos, si os hubieseis rendido á sus consejos, no os veriais tan perseguido: mas ha podido con vos una pasion desarreglada, que el cariño paternal.

Comi. En esta parte soy delincuente; pero en el vigor de mi pasion, nada me hacia fuerza, nada era capaz de rendirme. Amante el mas fiel solo cifraba mi dicha en idolatrar á Adelayda.

Geró. Infeliz! *Aparte.*

Comi. Pero aqui viene Lorenzo con Donville.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, Lorenzo y Donville.

Com. Ah querido Lorenzo! Dime, *Corre á encontrarles.* dime ¿qué noticias traes?

Lore. Preparaos para el golpe mas terrible, jóven desventurado.

Comi. Oh! todo es cruel para mi!

Lore. Las almas grandes, como la vuestra, saben resistir á los rigores del destino. Preparaos, y escuchadme.

Comi. Preparado estoy á todo. Habla.

Lore. Luego que llegué á la quinta de Benavides, reparé en ella la mayor agitacion. Encontré casualmente en el jardin á aquel caballero, cuyas señas me disteis, y para quien me entregasteis la carta. Acerquéme á él temeroso, y al punto me conoció. Eres tú, Lorenzo? (me dijo:) ¿á qué vienes?-Leed esta carta (le respondí poniendo en sus manos vuestro villete). La leyó tres, ó cuatro veces, y lleno de horror me dijo: no te detengas un solo instante; corre, y di á Cominge que se salve: mi hermano enteramente restablecido ha enviado requisitorias á todas partes: zeloso mas que nunca ha encerrado á Adelayda en un castillo, donde la martiriza continuamente.

Comi. Oh Dios!

Con voz desfallecida cae en el sitial y corren á socorrerle.

Gero. Amigo...

Lore. Señor...

Donv. Infeliz conde!..

Comi. Dejadme, dejadme...

Vuelve en sí.

Geró. Tan presto volveis á caer en la desconfianza? Olvidais las promesas que me hicisteis? Sereis ingrato al amor de una tierna madre?

Se oye á lo lejos por la parte del monte una campana, que no interrumpa la representacion.

Comi. Callad, generoso D. Gerónimo!. Qué oigo? Qué campana es esta?

Geró. La de un monasterio, que está á la otra parte del monte. Es la campana de la Cartuja de la Trapa, santuario donde halla un asilo el hombre criminal, que devorado de sus remordimientos corre á encontrar en las delicias de la Religion un seguro alivio á sus desdichas.

Comi. Oh Dios! Qué fuerza sobre hu-

Levántase.

mana impele mi corazon! Yo siento dentro de él una superior inspiracion que me conforta é ilumina! Oh monasterio venerable, asilo del hombre criminal! Yo corro á sepultarme en tu centro. Amigo mio... La Providencia divina abre una senda á mi desgraciada suerte. No en vano toca ahora esta campana; y su sonido llega à mis oidos, y conmueve mi alma. El conde Cominge, delincuente, criminal, y perseguido, hallará alivio en las austeridades de este santuario de la Religion.

Geró. Qué decis?

Lore. ¿Cual es vuestro intento?

Comi. Correr à los pies del altar sacrosanto, à borrar con las lagrimas del mas sincero arrepentimiento los estravíos de mi incauta juventud. *camina acia el monte.*

Geró. Amigo, mirad...

Donv. } Ved señor... *deteniend.*
Lore. }

Comi. No me detengais.... Perdí à Adelayda, y todo lo he perdido... Aun toca la campana: Eco consolador! guíame á este lugar santo... Sagrada religion! recibe en tu seno al mortal mas desgraciado... Adios, amigos... Qué? Os opondreis á mis designios? No; dejadme, Dios me llama, y sería ingrato, haciéndome sordo á sus voces. Adios, Lorenzo: adios Donville... Informad á mi madre de mi destino... Dadme los brazos, por la última vez; y suplicad al Ser Eterno, que halle alivio al pie de sus altares el desgraciado Cominge... Adios, adios...

Las últimas palabras las dice subiendo al monte, siguiendo el eco de la campana. Los demas quedan suspensos y atónitos y cae el telon.

FIN.